



HOMILÍA

Rvdm. P. Abad, Dom Anselmo Álvarez Navarrete

Vigilia Pascual

7 de abril, 2007

“Cuando cumplieron todo lo que estaba escrito de Él, lo bajaron del madero y lo sepultaron. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos” (Hch 13, 29-30).

Esta es la noticia que nos convoca en esta noche, en que vivimos ya la realidad de la resurrección, confirmada en las palabras del Evangelio: "No está aquí, ha resucitado (Lc 24, 6)".

Noche que encierra la memoria viviente de la historia humana, representada en el pueblo de Dios: desde la creación hasta la resurrección y hasta la escatología: todas las etapas y vicisitudes de la humanidad, que tienen como argumento fundamental la sintonía o el desacuerdo del hombre con la vocación recibida de Dios. Las lecturas, de esta noche y de esta Semana, han evocado los acontecimientos fundamentales no sólo del pueblo de Israel, símbolo de la humanidad, y no sólo de la historia espiritual del hombre, sino de todo el acontecer humano, porque ese acontecer tiene como eje la realización del designio de Dios en el tiempo, y con ello de nuestra colaboración o de nuestra oposición a él.

La historia la hacemos nosotros pero lo que nosotros hacemos, aun con las acciones más indiferentes, se inscribe en el proceso de la marcha de la humanidad hacia Dios, también cuando intentamos desviar esa marcha en la dirección contraria, que es lo que ocurrió en tanto momentos del pueblo judío. Hay una única historia humana, que es la historia de la salvación, en la que nosotros insertamos nuestras propuestas personales, por las que Dios se siente directamente concernido porque, aun sin darnos cuenta, en ellas tomamos posición por o contra el proyecto de Dios.

En esas lecturas no hemos recitado la crónica de unos hechos cuyo protagonista vivió hace dos mil años, y que nosotros guardamos en nuestros archivos y exhumamos todos los años como memoria de una acción épica y hasta conmovedora. En realidad hemos vivido nuestra propia historia en la historia de Cristo. Y a su vez Cristo ha vivido su historia siguiendo nuestros pasos, revestido de una naturaleza humana, viviendo cada uno de nuestros días y de nuestras acciones.

Los itinerarios de Dios y los del hombre corren paralelos, aunque Dios hubiera querido que los nuestros caminaran sobre sus propios pasos. En todo caso, las pisadas

de ambos se marcan estrechamente, porque cuando las del hombre se distancian, Dios le sigue, a la vez cercano y distante, para que el hombre no vea amenazada su libertad. Esto es lo que prueba toda la historia de Cristo, sobre todo en los días de su pasión y resurrección

En esta noche estamos recorriendo uno de esos tramos más fuertemente impregnados por la acción salvadora de Dios, en los que se une la historia de Israel con la del nuevo pueblo cristiano y con la del conjunto de la humanidad. Vemos a Dios en acción creadora del mundo y del hombre, en acción liberadora de las servidumbres que oprimen a su pueblo y a la humanidad: la esclavitud en Egipto y el pecado: dos realidades y dos símbolos que niegan al hombre la posibilidad de vivir en la verdadera libertad de Dios. Entonces se despliega su esfuerzo para sacar al hombre de la tierra de su destierro y de sus tinieblas. Porque todos hemos vivido o vivimos en la situación de servidumbre y oscuridad en que nos sitúa el pecado y la ausencia de Dios.

Hasta que Dios dice: basta, y nos da la oportunidad de dejarnos guiar por la luz que nos conduce a esa tierra de la libertad. Dios se pone al frente de su pueblo: “de noche los guiaba con el resplandor del fuego, de día con una columna de nube”. “En medio de la noche”, como en la primera noche pascual, como en Navidad, tiene lugar la epifanía de Dios: “la noche será luminosa como el día”. Noche que es el símbolo utilizado por Dios para mostrarle al hombre en qué situación se encuentra cuando apaga en sí y en su mundo al que es Luz del mundo.

El fuego que hemos encendido, la luz que nos ha precedido en la marcha procesional que hemos realizado para evocar la salida de Egipto y la travesía del desierto hacia la tierra prometida, el agua que vamos a bendecir para la administración del bautismo, todo ello es símbolo e instrumento de la realidad de Dios que se une a la nuestra para inundarla de vida, de verdad y de plenitud.

Esta noche es la fiesta y el misterio de la luz, no bajo una forma poética, sino con la realidad de la luz encarnada en Cristo. Él es la columna de fuego y de luz que abre camino al pueblo que se dirige a la tierra de la libertad y del descanso: ‘caminaba Israel a su descanso’. Como Israel, también nosotros hoy somos guiados por la luz de Cristo resucitado. Esa luz que nunca se eclipsa, a pesar del empeño de tantos, en el pasado y en el presente. Ella es la que mantiene la luz del mundo, y nos sigue diciendo: ‘Yo soy la Luz del mundo’, a nosotros que “hemos preferido las tinieblas a la luz” (Jn 3, 19).

Es la hora de preparar el camino del que avanza por el desierto al frente de un pueblo redimido, que hoy camina todavía entre tinieblas porque se resiste a ‘entrar en su luz maravillosa’. Dios está en la senda del regreso. Ha entrado, lo vimos el domingo pasado, en la Ciudad Santa desde la que Él es Rey de Israel y Señor de los pueblos. Ha pasado ya por el Calvario y el Sepulcro, del que ha salido vencedor de la muerte y de las sombras, para proclamar: ‘dónde está, muerte, tu victoria’, y para abrirnos una nueva esperanza cuando le oímos, en su nombre y en el nuestro: “así dice el Señor: ahora me pongo en pie, ahora me yergo, ahora me alzo” (Is 33, 10). Entonces, la noche del mundo se ‘hará clara como el día’.

Es noche de felicitaciones para desearnos abundancia de gracias y bendiciones. Pero la primera felicitación debe ser para María, la Mujer que nos dio al Salvador del mundo, la que engendró la Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.

Que Ella apresure la hora en que todos los corazones se abran a esa luz de Cristo
glorioso que disipa las tinieblas del corazón y del espíritu
Para todos, ¡Feliz Pascua de Resurrección!

